

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Carta semanal

La experiencia cristiana

13 de julio de 2008

Muchas veces nos preguntamos cómo mostrar con una vida cristiana de calidad, que convenza a otros, que atraiga a los demás, la figura de Jesucristo, lejos de controversias o discusiones estériles. Me parece que ante todo uno tiene que considerar posible encontrarse con Cristo, el que vivió en Palestina hace veinte siglos, y que Él te convenza para que le sigas, venciendo lógicamente muchos obstáculos que se dan en ti: resistencias, pecados, tendencias, egoísmos; amar como Él amó, vivir con los demás y no en un individualismo que sofoca la vida.

¿Será verdadero ese encuentro con Cristo o una pura quimera? ¿Quién me garantiza que no me equivoco? ¿Mi intuición? ¿Mis sentimientos? ¿Un encontrarme a gusto con la idea? Necesito algo más que una idea de Jesús, o un adecuarme a su proyecto, a su causa, a esa presentación romántica que, a lo largo de estos cuarenta o cincuenta años, he visto desfilar en publicaciones, lecturas o presentaciones de Cristo. Vuelvo la mirada a mi adolescencia y reflexiono a partir de mi experiencia, que no se ha apagado. ¿Quién me presentó ese fascinante Jesucristo que llenó mi vida de alegría interior y me permitió descubrirle vivo y con toda la fuerza de su persona y su palabra?

Fue la Iglesia; una comunidad cristiana concreta, con sus luces y sus sombras, en la persona de un sacerdote enamorado de Cristo y un grupo de chicos que buscábamos la felicidad en el idealismo de la adolescencia que quería cambiar el mundo y vivir intensamente más allá de sensaciones pasajeras. Una Iglesia de la que formaban parte mi madre y mi padre, mis hermanos y mis amigos, y mis vecinos y los